

Libros

16



Carl Schmitt (en el recuadro) con sus compañeros de clase en una fotografía de 1904

No hay un solo Carl Schmitt, sino muchos

La vinculación de Carl Schmitt con España es el hilo del que tira Miguel Saralegui. Porque el filósofo alemán fue mucho más que un autor casi criminalizado en Núremberg. España –escribió– es «el último asilo del pensamiento europeo»

ANTONIO HERNÁNDEZ-GIL

Para quienes iniciábamos la carrera universitaria en alguna disciplina jurídica durante los años 70 era difícil no tropezarse con la huella de Carl Schmitt: 1888, Plettenberg (Prusia)-1985, Plettenberg (Alemania). Con la huella académica, si nos ocupábamos de la teoría del Estado o de la filosofía del derecho (era mi caso, pese a la condición formal de civilista); o con la huella personal, a través de los muchos personajes a los que Schmitt conoció en España: Alfonso Otero Valera, historiador del Derecho; Manuel García Pelayo, constitucionista; Luis Díez del Corral, historiador y politólogo; Álvaro d'Ors, romanista; Rafael Calvo Serer, historiador de la filosofía, y Enrique Tierno Galván, filósofo y politólogo, entre otros. Más aún si, como yo mismo, iniciábamos al carrera universitaria precisamente por Santiago de Compostela, donde Carl Schmitt se ancló familiarmente, y desde donde prologó en

1958 la edición española de *Ex captivitate salus*, reflexiones personales que el propio Schmitt comparó al *De consolatioe philosophiae*, de Boecio, deseando que se leyeran como «un informe bien pensado de conocimientos auténticos, nacidos de una situación nueva», en referencia a su casi criminalización en Núremberg como testigo y «posible acusado» de colaboración con el régimen nazi.

Europa en trance

Sabemos también, gracias a Saralegui, que para Carl Schmitt conoció en España: Armin Mohler de 1958). «Santiago es bella más allá de lo verosímil; quien no la conoce no puede hablar sobre Europa». Europa era una idea recurrente en Schmitt, quien prefería hablar del espíritu europeo antes que de la Europa histórica derrotada por la guerra.

Schmitt subraya en *Ex captivitate salus* el acierto de Tocqueville cuando vaticina que América y Rusia tendrán un protagonismo esencial en el camino hacia la centralización y la

democratización que la humanidad, de la mano de Europa, emprendió hace tiempo; y encuentra en España el refugio de esa Europa en trance de perderse. En 1950, con ocasión de la edición en España de *El nomos de la tierra*, especulando sobre su acogida, le escribe a Calvo Serer: «¿Dónde se podrá esperar justicia sino en España como último asilo del pensamiento europeo, en un tiempo de suicidio europeo?». La figura de Schmitt se asocia al nacionalsocialismo pero su obra trasciende cualquier circunscripción dentro de la filosofía política, habiendo merecido la atención de pensadores como Benjamin. Hayek, Habermas, Arendt, Leo Strauss, Derrida, Agamben, Negri o Zizek.

En un país como España, apartado durante siglos de la centralidad del mundo, es consolador encontrar puentes que nos conecten con la Historia

SARALEGUI DESENTRAÑA, CON PACIENCIA DE ENTOMÓLOGO Y BUEN SENTIDO, AL CARL SCHMITT ESPAÑOL

real europea, o con la Historia universal de las ideas. Schmitt fue uno de esos raros puentes en los años difíciles del franquismo. Eso explicaría la especial atención que aquí se ha prestado siempre a su obra; y que ahora Miguel Saralegui haya encontrado hueco para desentrañar, con paciencia de entomólogo y buen sentido, al Carl Schmitt español.

En la obra que acaba de publicar Trotta encontramos la precisa descripción de esos puentes: la presencia reiterada de Carl Schmitt en España y su vinculación familiar desde el matrimonio de su hija Ánima con un profesor español, Alfonso Otero; su admiración por Cervantes y Quevedo; el examen de un abundantísimo epistolario entre Carl Schmitt y muy diversos interlocutores españoles.

Aunque Schmitt haya dejado obras sistemáticas y monografías de gran densidad, como

Teoría de la constitución, es especialmente valioso su pensamiento expresado en textos no jurídicos (*La tierra y el mar*, *Hamlet o Hécuba*) y en artículos, conferencias y cartas. Era un hombre extraordinariamente culto, inteligente y, sin duda, un gran escritor que incluso luce mejor, con más libertad, en el pequeño formato, sin necesidad de rendir excesivo tributo a la exhaustividad y a la consistencia. Por eso es acertada la aproximación de Saralegui, desarrollando un planteamiento «tópico», por personajes y centros de interés, antes que sistemático, por ideas o núcleos temáticos, si bien da espacio propio a las dos figuras que le sirven para articular la idea de lo español en Carl Schmitt: Donoso Cortés y Francisco de Vitoria.

«Soy un abogado»

Pero hay otra razón menos obvia que avala la idoneidad del método seguido por Saralegui: la obra «grande» de Carl Schmitt no puede entenderse fuera de su contexto histórico. Incluso sus líneas argumentales básicas, como el antiliberalismo o la relación entre amigo y enemigo, hay que relacionarlas con las vicisitudes de la República de Weimar, cuyos problemas económicos y políticos tras la primera Gran Guerra fueron el caldo de cultivo para que Hitler accediera al poder.

En ese escenario, el quehacer de Carl Schmitt transitó desde el soporte teórico a un régimen en busca de la legitimación que no acababa de hallar en la democracia parlamentaria, hasta su desconfianza demasiado tardía hacia el nacionalsocialismo. Y aprendió a callar.

Acaso una de las claves la expresa Carl Schmitt en sus diarios, tan pronto como en 1912: «En términos de personalidad, soy un abogado y sólo promuevo los intereses de otros. Los abogados son gente con conciencia de culpa. Toda mi teoría de la devoción a una idea, descansa en este trazo característico de la dedicación a una materia de la que uno se vuelve abogado abandonando la propia personalidad». No hay un solo Carl Schmitt, sino muchos. Sea bienvenido el estudio de Saralegui.

Carl Schmitt, pensador español



Miguel Saralegui
Ensayo
Trotta, 2016
264 páginas
18 euros